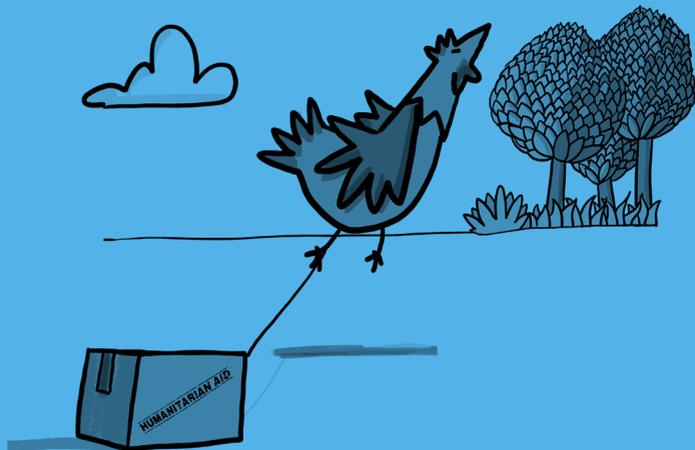


cuadernos

## ¿POR QUÉ HAITÍ?





# ¿POR QUÉ HAITÍ?

Pau Farràs

PRÓLOGO .....	3
1 LOS ORÍGENES DE LA MISERIA .....	5
2 QUÉ SIGNIFICA SER UN ESTADO FALLIDO .....	13
3 CÓMO SALIR ADELANTE .....	26
NOTAS .....	29
PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN .....	31

**Pau Farràs.** Profesor de secundaria y bachillerato. Licenciado en Ciencias Políticas y Periodismo. Su último libro es *Els invisibles*, que retrata las vidas de 31 inmigrantes residentes en Cataluña, un libro que ha escrito junto a otros cuatro periodistas.

Edita: Cristianisme i Justícia Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismoyjusticia.net](http://www.cristianismoyjusticia.net)  
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 19570-2020  
ISBN: 978-84-9730-471-9 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Roger Torres  
Edición: Santi Torres Rocaginé - Corrección del texto: Cristina Illamola  
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Noviembre 2020

**Protección de datos:** Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismoyjusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com), o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

# PRÓLOGO

---

«C'est une tristesse...», así empiezan algunos fragmentos de un editorial de *Le Nouvelliste* (octubre 2019), uno de los periódicos de Haití que sigo leyendo cada noche antes de dormir. Y es verdad: Haití sigue sumergido en una crisis de Estado que nadie sabe cómo acabará. Quizás más grave aún que el terremoto que yo mismo sufrí el 12 de enero de 2010.

Entonces, la solidaridad internacional, y en especial la de la República Dominicana, se volcó con el país: cada día llegaban enormes camiones con alimentos y otras ayudas para toda la población. Recuerdo muy bien como organizábamos cadenas humanas dentro de los tráileres para pasarnos las cajas y sacarlas de los camiones. También hubo promesas de ayudas multimillonarias, pero pocas de estas llegaron a producirse. Pasados diez años, nada queda de aquello. El cuaderno que sigue a este prólogo expresa muy bien cuál es la realidad del país donde viví cerca de cuatro años.

El terremoto fue seguramente lo más impactante para mí. Volví de mi trabajo en el despacho de las Escuelas «Fe y Alegría» —en *creole*, «Foi ak ker content», literalmente 'Fe y corazón contento'—, cuando, al bajar del *tap tap*, una pequeña camioneta que sirve de transporte urbano en Port-au-Prince, empezó a moverse el suelo a mis pies. Eran las 4:25 de la tarde. Las crónicas dicen que duró 36 segundos. Instintivamente, me coloqué en mitad de la calle para evitar las piedras que empezaban a caer de los edificios de ambos lados. Dos hombres salieron desesperados de una pequeña edificación que acababa de derrumbarse: uno, lleno de sangre; el otro, con los brazos abiertos dando gracias a Dios por estar vivo. A partir de aquel momento, mi trabajo fue suministrar desinfectante, vendas y medicamentos a la gente que venía a nuestra casa pensando que éramos capaces de curarlos. Algunos de ellos sufrieron gangrena por no ir a un hospital a curarse, ¡a pesar de que insistíamos en que lo hicieran!

El gesto más impactante que viví aquellos días, y que me ha quedado clavado en la memoria, no fue ver las montañas de cuerpos amontonados en las calles, sino asistir a una familia que había perdido a la madre y que yacía en medio de la calle dentro de un ataúd esperando a que algún sacerdote le diese la bendición. Acabado este gesto, se presentó silenciosamente por la espalda un bombero mexicano, vestido con el uniforme rojo y con el casco parecido al de un soldado romano, y me susurró a la oreja: «¡Padre, bendígame!», para perderse enseguida entre los escombros de la infinidad de casitas grises derrumbadas unas sobre otras.

Pienso que el terremoto fue la manifestación más clamorosa de una realidad que ya antes de producirse estaba gravemente herida; incluso la mayoría de las edificaciones no respetaban los mínimos exigidos para la construcción: varillas de

un diámetro más pequeño que el exigido, ausencia de rugosidades para hacer el cemento armado, empleo de fango y tierra en lugar de arena para hacer la argamasa, apenas un leve cimientado para levantar la casa...

Lo más triste sigue siendo la realidad actual: un pueblo con sensibilidad por la pintura, la música, el baile, la escritura, pero colapsado y a la espera de una solución política que su presidente, Jovenel Moïse, no parece capaz de ofrecer. Mientras tanto, en la mayoría de las ciudades del país las manifestaciones se multiplicaron a lo largo del año pasado exigiendo su dimisión. Hubo varios muertos. Con todo, Jovenel Moïse parece haber encajado la embestida y sigue gobernando a fuerza de decretos sin contar con el senado, por el momento inexistente. Incluso acaba de crear un nuevo Comité Electoral Provisional para controlar las próximas elecciones de febrero 2021, aunque los partidos políticos no lo han aceptado. Paralelamente, está destinando millones de *gourdes* para electrificar el país.

La perla de las Antillas no acaba de encontrar la manera de autogobernarse, pero siguen vivos los intentos de redactar una nueva Constitución que ojalá allane el camino hacia un futuro menos incierto. Mientras tanto, como titulaba una reciente editorial de *Le Nouvelliste*, «la muerte de los pobres sigue siendo demasiado silenciosa en Haití».

Ramiro Pàmpols, sj.  
Octubre de 2020

# 1 LOS ORÍGENES DE LA MISERIA

---

«Why Haiti?» (¿Por qué Haití?). Esas fueron las palabras de Hillary Clinton el 12 de enero de 2010, cuando le comunicaron que un terremoto había devastado Puerto Príncipe, la capital de Haití. «Otra vez les ha tocado a ellos», debió de pensar. Clinton era entonces secretaria de estado y parecía preguntarse por qué las desgracias siempre se ceban con los mismos.

Pero ese «Why Haiti?» no era fruto de la inocencia o la ingenuidad; seguro que Hillary sabía que los problemas de Haití van más allá de los desastres naturales. Seguro que también sabía que, en ese país, los culpables suelen tener nombres y apellidos. El suyo, por ejemplo.

Hillary conocía que, en 1995, su marido, entonces presidente, presionó y convenció al gobierno de Puerto Príncipe para que bajara las barreras arancelarias que protegían el arroz nacional para permitir así que otros países vendieran allí el suyo. Las tarifas debían bajar del 35 al 3%. Era la condición para poder recibir 24,6

millones de dólares del Fondo Monetario Internacional. Inmediatamente, el grano haitiano se sustituyó en los mercados por el arroz estadounidense, que resultaba más barato gracias a los subsidios que protegen a sus productos agrícolas. La mayoría del arroz que llegó a los mercados haitianos venía de Arkansas, el Estado en el que nació y gobernó Bill Clinton.

«Tal vez fue bueno para alguno de mis granjeros en Arkansas, pero no funcionó. Fue un error. Y yo tomé parte en él. Vivo cada día con las consecuencias de la pérdida de la capacidad de producir arroz en Haití». Así se disculpó Clinton ante el comité de

relaciones exteriores del Senado.<sup>1</sup> Entre tanto, los agricultores haitianos se quedaron sin nada que cultivar o vender, y se mudaron en masa a la capital para engordar los barrios con casas autoconstruidas, las mismas que se vinieron abajo por millares tras el temblor. El país, que pese a la violencia política crónica era autosuficiente en materia alimenticia, pasó en pocos años a ser el quinto máximo comprador de arroz del mundo. La hambruna y la malnutrición se hicieron endémicas y la falta de oportunidades en el campo se tradujo en cientos de miles de antiguos agricultores sobreviviendo en la ciudad gracias a la venta ambulante. Haití iba de mal en peor. Pero los aranceles, el arroz de Arkansas y las barracas de madera son solo una parte de la larga respuesta que requiere la pregunta que se formuló quien luego sería candidata a la presidencia de los Estados Unidos y que aborda este cuaderno: «¿Por qué Haití?».

## 1.1 La primera nación latinoamericana

Para empezar, porque logró lo que nadie más pudo: Haití es el único país que nació de una revuelta de los esclavos. Lo hizo en 1804, derrotando a los soldados franceses que llenaban los cincuenta barcos que Napoleón mandó para sofocar la rebelión que había empezado en 1791. Haití había sido la colonia francesa más productiva gracias a la calidad y a la cantidad del azúcar y el café que allí se cultivaban, y a los brazos africanos que habían llegado por miles durante el siglo anterior. Llegaban para trabajar y morir. Hasta que

dijeron basta, aprovecharon las guerras en las que su metrópolis dispersaba su atención y vencieron.

---

Haití es el único país  
que nació de una revuelta  
de los esclavos.

---

En 1788, un año antes de la Revolución francesa, Saint-Domingue era la colonia más importante del Imperio francés. No tenía rival en exportación de azúcar y producía el 77% de todo el comercio colonial francés, que a su vez era el mayor productor de artículos coloniales. El valor de su negocio era de 461 millones de libras, mientras que el Imperio inglés generaba 355 millones,<sup>2</sup> así que lo que hoy es Haití generaba el mismo valor que todas las colonias británicas juntas.

¿Cómo pudo tanta riqueza, fuese natural o fuese creada, derivar en la actual miseria?

A Haití le pasó lo que a tantos otros países. Escribe Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* que, tras la integración en la globalización, cada país y cada producto experimentó un mismo itinerario. Primero expansivo, pero más tarde de agotamiento, decadencia y subdesarrollo. Y añade: «Cuanto más codiciado por el mercado mundial, mayor es la desgracia que un producto trae consigo al pueblo latinoamericano que, con su sacrificio, lo crea». Le sucedió a Haití con el azúcar, pero también, siglo y medio antes, a Bolivia con la plata, al Amazonas brasileño con el caucho, a Colombia y Centroamérica con las fru-

tas, a Venezuela con el café y a Paraguay y Argentina con el quebracho. Lo mismo podría decirse hoy del coltán que se extrae del centro de África, del petróleo que tanta muerte ha causado en Oriente Próximo o del aceite de palma, que con sus plantaciones arrasa la selva tropical malaya o indonesia.

Entre todas las heridas coloniales y neocoloniales, no obstante, tal vez la más sangrante haya sido la haitiana. La desigualdad en Haití era insostenible porque en ningún lugar había mayor proporción de esclavos: medio millón de negros esclavos sostenía toda la producción, pero la riqueza generada se acumulaba en las manos de los 40.000 plantadores y comerciantes, todos ellos blancos. La situación era más exagerada incluso que en otras islas de las Antillas francesas o británicas. No ha habido en la historia otro ejemplo de sociedades en las que los esclavos constituyan entre el 80 y el 100% de su población.

La posibilidad de una revuelta era evidente. Se produjo en agosto de 1791, tras al alzamiento de los esclavos fugitivos o cimarrones, y nada pudieron hacer ni los emisarios primero ni el ejército de Napoleón después para evitar la independencia tras trece años de guerra.

## 1.2 La herencia colonial

En agosto de 2019 se cumplieron 400 años de la llegada del primer buque con esclavos negros a las costas estadounidenses. Aprovechando la efeméride, *The New York Times* publicó un ambicioso especial llamado *The 1619 project*, en el que diseccionaba el presente

estadounidense partiendo de su pasado esclavista. Los ensayos y reportajes que componen el proyecto abordan todas las caras del país: hay apuntes sobre la segregación racial en sus barrios, el abuso de azúcar en su dieta, la sobrerrepresentación de negros en sus cárceles o la falta de una cobertura sanitaria universal como producto de la Guerra Civil. Es una excelente muestra de por qué vale la pena estudiar la historia, especialmente cuando resulta incómoda.

Uno de los ensayos del proyecto se fija en el actual mercado laboral estadounidense y traza una línea que une la esclavitud con la precariedad. «Para entender la brutalidad del capitalismo americano, debes empezar en la plantación», escribe Matthew Desmond, sociólogo y profesor de la Universidad de Princeton, ganador de un Pulitzer en 2017 por su ensayo *Evicted: Poverty and Profit in American City*. Con su cita, Desmond asimila lo americano a lo estadounidense y se refiere a la plantación de algodón, pero la frase permite generalizar: el capitalismo de todo el continente, de Alaska a Tierra del Fuego, así como sus terribles consecuencias, no se entienden sin la relación de poder que se estableció durante siglos entre propietarios y esclavos.

Fueran negros o indígenas<sup>3</sup> los segundos, fueran latinos o anglosajones los primeros, la llegada de los europeos a América fue el inicio de un abuso. Vincent Brown, estudioso de la esclavitud en el Caribe, calculó<sup>4</sup> que la esperanza de vida de un esclavo jamaicano era de siete años desde que pisaba la plantación. Jamaica, como Haití, también se especializó en la producción de azúcar.

El monumental *Capital e ideología*, de Thomas Piketty (2019), una suerte de historia de la desigualdad económica, dedica su segundo capítulo a las sociedades esclavistas y coloniales, y cita los últimos estudios sobre la repartición de riqueza en Saint-Domingue. La conclusión es clara: la desigualdad de la isla «no podía ser más elevada, teniendo en cuenta las exigencias de supervivencia». Es probable, según Piketty, que el 10% más rico tuviera entre el 85 y el 90% de la riqueza de la colonia. Lo que sobraba apenas bastaba para alimentar (mal) y vestir (peor) al 90% de población restante.

Por supuesto, la miseria económica es solo la parte cuantificable de la desigualdad. La restricción de derechos básicos (expresión, movimiento, dignidad, ya no digamos la propiedad) o las muchas violencias sufridas (abusos físicos, obligatoriedad del trabajo, racismo, hacinamiento, violaciones) serían las otras.

---

La miseria económica es  
solo la parte cuantificable  
de la desigualdad.

---

Por ello, cuando las ideas de igualdad, fraternidad y libertad llegaron de la metrópoli, generaron esperanza entre los negros. El problema es que esas ideas no se interpretaron siempre igual: los blancos creyeron que la isla sería al fin autónoma, los mulatos entendieron que se igualarían a los blancos y los esclavos supusieron que dejarían de serlo. Como nada sucedió, los últimos actuaron por su cuenta. Se

fugaron en masa de las plantaciones, convirtiéndose así en cimarrones, y se organizaron en sociedades, de ahí la tradición vudú que todavía conserva el país; o la variante del francés que se habla, el *creole* o criollo

Fue tal el alcance de la fuga que los precios de los artículos haitianos se dispararon, pues no había quien los produjera. Luego vino la violencia. Los liberados quemaron campos y viviendas de los propietarios franceses.

Jean-Jacques Dessalines fue quien se encargó de declarar la independencia de Haití, fue el padre de su primera Constitución en 1805 y se convirtió en el primer jefe de Estado negro, todo ello pese a no saber ni escribir su nombre. Dessalines había sido un esclavo guineano que fue comprado por un negro libre llamado Des Salines, de quien tomó el nombre después de matarlo. Era un tipo especialmente cruel. Tras la guerra, ordenó el asesinato de entre mil y cinco mil ciudadanos franceses cuando descubrió que algunos de ellos conspiraban contra el nuevo estado.

No es que en el otro lado se anduvieran con chiquitas. En 1802, el cuñado de Napoleón, el general Leclerc, que estaba al mando de las tropas francesas en Saint-Domingue, le había recomendado al emperador qué hacer: «Hay que suprimir a todos los negros de las montañas, hombres y mujeres, conservando solo a los niños menores de doce años, y no dejar en la colonia ni un solo mulato que lleve charreteras».<sup>5</sup>

Esta revolución, contemporánea a la toma de la Bastilla, al asalto de los campesinos a los castillos señoriales, a la quema de los títulos de servidumbre y a la guillotina, no ha tenido la misma relevancia en los libros de historia.

Cosas de la geopolítica. O del racismo estructural de Occidente.

Pero la falta de publicidad no impidió que las lecciones fueran bien aprendidas: los esclavistas del sur de los Estados Unidos tomaron nota de lo que podían perder y, sobre todo, con qué grado de violencia podía suceder. Hay registros<sup>6</sup> de un propietario de Virginia que en 1847 advertía del peligro de que fueran los esclavos los encargados de abrir o cerrar las puertas de sus fincas. También están documentados los frecuentes recuentos de hachas y otras herramientas que pudieran usarse contra los amos.

Es algo recurrente. Las monarquías conservadoras europeas también se asustaron ante la Revolución francesa, de ahí la restauración absolutista que surgió del congreso de Viena en 1815. Lo mismo puede decirse del fascismo o del nazismo como respuestas a la Revolución rusa. Por la misma regla de tres, el intervencionismo estadounidense en Latinoamérica no se entiende si no es desde el trauma de tener una Cuba castrotrista a tiro de piedra de sus costas.

### 1.3 El castigo de las potencias

Nunca más en la historia los esclavos han sido tan protagonistas: se liberaron a sí mismos y a su país sin ayuda de la burguesía. Pero pagaron el precio. La guerra había matado a una tercera parte de la población, las tierras habían sido quemadas y el ganado, devorado por ambos bandos. Además, las potencias bloquearon al país comercialmente para luego ningunearlo diplomáticamente. Los Estados Unidos y Brasil, por ejemplo, solo reconocieron el nue-

vo Estado cuando abolieron la esclavitud en sus constituciones, en 1865 y 1888, respectivamente. No es casualidad: muchos dueños de plantaciones que habían huido de Haití en 1791 se instalaron en Luisiana, una Luisiana que, hasta la Guerra Civil americana, en poco se parecía a la actual. Su mayor ciudad, Nueva Orleans, tenía más capitales en sus bancos que Nueva York. Y el capital venía de las plantaciones.

Por su parte, Francia pidió una compensación para los amos que volvieron a la metrópolis.

Vale la pena escribirlo de otro modo para entender bajo qué lógica vivió Haití sus primeros años: Francia no indemnizó a los esclavos que la habían enriquecido y a quienes no había remunerado, sino que los exesclavos fueron obligados a pagar por su libertad.

Nadie puso en duda la “compensación” a los propietarios. Ni la Francia de la Declaración de los Derechos del Hombre («Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos») ni los Estados Unidos de la Declaración de Virginia («Todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes») ni el Reino Unido, que no abolió la esclavitud hasta 1833.<sup>7</sup>

Volviendo a Saint-Domingue, fueron 150 millones de francos los que pidió el Estado francés. Las fuentes estiman que la cantidad era entre tres y diez veces mayor que los ingresos que generaba anualmente el país. Haití estuvo pagando la deuda hasta 1947. Y todo ello, como se apuntó arriba, sin posibilidad de comerciar con las potencias, que la bloquearon, ni con sus vecinos, puesto que todavía eran colonias.

El aislamiento la lastró económicamente. La guerra había teñido de rojo

tanto los campos como los libros de contabilidad, y los hombres y las mujeres que habían luchado por la libertad no querían volver a trabajar en las plantaciones donde habían sido esclavizados. Tampoco es que tuvieran muy claro cómo hacerlo, porque nadie tenía experiencia gestionando parcelas, ni había entre sus líderes ningún intelectual que hubiera estudiado leyes, economía o política, como ejemplificó el brutal y analfabeto Dessalines. Se cronificó así la economía de subsistencia, y no se consolidó nada parecido a un Estado que pudiera preocuparse de alfabetizar a la población o de trazar infraestructuras para ella.

---

Entre la Primera Guerra Mundial y el crac del 29, la inversión estadounidense se sextuplicó: Haití estaba *recolonizado*.

---

Entre 1834 y 1915, se sucedieron guerras, golpes y revoluciones, y 21 de sus 22 presidentes fueron derrocados o asesinados fruto de una cultura política particularmente violenta. Aprovechando el linchamiento del último de ellos, en 1915, los marines de los Estados Unidos ocuparon el país. Ocuparon toda la banca y requisaron la producción del país hasta 1934. Fue su forma de cobrarse el crédito que sus bancos habían concedido al Estado haitiano y que estimaron que nunca habría llegado a pagar. Como parte de su estrategia de control del Caribe, vendieron las mejores tierras a inversores extran-

jeros y se llevaron las reservas de oro a Nueva York. Lo mismo, por cierto, había sucedido en la vecina República Dominicana, ocupada por militares estadounidenses entre 1916 y 1924, también bajo el pretexto de asegurar el orden. Algo hay en la isla de la Española, porque los dominicanos poseen el récord de presidentes muertos por herida de bala: once.

Entre la Primera Guerra Mundial y el crac del 29, la inversión estadounidense se sextuplicó y desplazó a la europea. Financiera y militarmente, Haití estaba *recolonizado*. Huelga decir que, políticamente, también. El resultado fue, de nuevo, la extracción de sus recursos: para 1948, el café representaba el 62,1% de las exportaciones haitianas. Una historia paralela a la de El Salvador (89,2%), Guatemala (70,2%) o Colombia (58,4%); lo mismo que sucedió con el banano en Honduras (82%) o Panamá (73,6%); con el azúcar en Cuba (71,7%) o la República Dominicana (59,8%); y con el petróleo venezolano (89%) o el zinc en Bolivia (71,4%).

#### 1.4 La Guerra Fría fue un infierno

A pesar de todo ello, Haití pudo haber sido distinto. En los años cincuenta, antes de que Fidel Castro alcanzara el poder en Cuba, tanto la dependencia del monocultivo como los índices de exclusión educativa de ambos países caribeños eran parecidos. Hoy, el analfabetismo haitiano es del 53%, mientras que en Cuba es irrelevante, como en los países más desarrollados del mundo. Haití siempre ha estado intervenido; Cuba dejó de estarlo cuando los Castro tomaron el poder.

Si, bajo la observancia de los Estados Unidos, los marines asesinaron a 15.000 haitianos, cuando los Duvalier llegaron al poder en 1956, la represión fue todavía peor: el régimen ejecutó a 60.000 personas en los siguientes treinta años, primero a cargo del padre, François, y luego del hijo, Jean-Claude, exculpados ambos por los Estados Unidos, que necesitaban una pizca de anticomunismo en Latinoamérica tras el triunfo de la Revolución cubana.

Fueron los años más duros para el conjunto de la América al sur del Río Bravo, cuando proliferaron las injerencias estadounidenses y las dictaduras. Las matanzas de Duvalier son contemporáneas a las 20.000 ejecuciones de Videla en Argentina y a los 11.000 desaparecidos en el Chile de Pinochet. Algo parecido puede decirse de Somoza en Nicaragua, de Stroessner en Paraguay, de Banzer en Bolivia y de Bordaberry en Uruguay. Y las carnicerías coinciden con los intereses de los Estados Unidos. El Haití de Duvalier vio subir la inversión estadounidense al mismo ritmo que bajaban sus salarios, del mismo modo que la dictadura de Videla llegó de la mano de la prohibición de huelgas y el fin de los aranceles a los coches estadounidenses.

Si Duvalier hijo, según Ryszard Kapuściński, era un retrasado mental, François Duvalier era un chiflado peligroso. Impuso un catecismo de la revolución que incluía un credo que empezaba así: «Creo en Nuestro Doc, jefe todopoderoso, constructor de la nueva Haití». Cuando a inicios de los sesenta el país se quedó sin dinero, pagó a los funcionarios con ejemplares de sus *Oeuvres essentielles* y, conocedor de la naturaleza inculta y supersticiosa del

pueblo haitiano, hizo correr el rumor de que, merced a sus poderes como brujo vuduista, el Diablo le permitía leer los pensamientos de todos los isleños.

Recibí dos grandes disgustos: el primero fue culpa de John Fitzgerald Kennedy, presidente de los Estados Unidos, y, el segundo, de Mohammed Fayed, padre del que fuera amante de Lady Di y propietario de los almacenes Harrods y del Ritz de París.

Kennedy siempre supo que Papa Doc era un asesino, pero en 1962 necesitaba su voto para echar a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). El precio que puso Duvalier fue construir un nuevo aeropuerto en Puerto Príncipe. Kennedy asintió y Haití votó lo acordado, pero los días y los meses pasaban, el dinero nunca llegaba y del aeropuerto nunca volvió a hablarse. Cuenta Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* que Papa Doc celebró entonces un rito vudú en el que cerró un pacto con el Diablo. Cuando JFK fue asesinado en Dallas en 1963, François, convencido de que la maldición había funcionado, sonrió como quien ve cumplido un deseo.

Kennedy no fue el único que se la jugó a Papa Doc: en sus primeros años de gobierno, Mohammed Fayed se hizo amigo de François y le prometió atraer capitales al país, que estaba cercano a la quiebra. Cuando consiguió que le pagaran un anticipo millonario por sus servicios de mediación, desapareció. Fue el inicio de su fortuna. Tal vez con una mezcla de culpa y agradecimiento, Fayed acogió en su Hotel Ritz de París a Jean-Claude, Baby Doc, el hijo y heredero del estafado François, cuando huyó de Haití en 1986.

Desde la huida de Baby Doc —un bebé de ciento cuarenta kilos— en 1990, pasaron cuatro años hasta que se celebraron unas elecciones democráticas. Las venció Jean-Bertrand Aristide, que había sido sacerdote salesiano. Consiguio un 67% de los votos en unas elecciones que ningún observador internacional cuestionó. Aun así, como era partidario de la Teología de la Liberación,<sup>8</sup> el Vaticano decidió no reconocer su victoria y, puesto que se había dado a conocer por su llamada a la lucha contra el imperialismo estadounidense, la embajada estadounidense apoyó el golpe militar de Raoul Cedrés ocho meses después de la investidura. Que Cedrés y sus milicias llenaran la capital con los cadáveres de los seguidores del antiguo salesiano no debió de ser demasiado grave para la Santa Sede, que sí aceptó el nuevo gobierno.

Quince años antes, Kapuściński lo había explicado mejor que nadie. El reportero polaco escribió en 1975: «Cualquier oposición política más o menos organizada es sistemáticamente aniquilada por el régimen mediante asesinatos políticos. [...] Cuando la dictadura se tambalea y hay la posibilidad de que un gobierno democrático —o, sencillamente, humano— llegue al poder, Washington reacciona».<sup>9</sup> Había sucedido tantas veces ya que *Kapu* lo escribió en presente en *Cristo con un fusil al hombro*. Se cumplió en 1993 y, como se verá, se ha ido repitiendo hasta hoy.

Aristide recibió otra oportunidad al ganar los comicios de 2001. Duró algo más que la primera vez, pero no demasiado. En 2004, un tipo entrenado por las fuerzas especiales de los Estados Unidos, Guy Philippe, inició una revuelta que terminó con una nueva in-

tervención de los marines, el segundo desalojo de Aristide y el envío de 7.500 soldados de la ONU para mantener el orden. Dos elecciones había ganado el exsalesiano, dos veces le habían echado por la fuerza.

El hoy trabajador del gobierno y antaño activista político, Paul Christian, sabe que los verdugos de esa época no han pagado por sus crímenes y que todavía se acercan al poder: «Me acuerdo de lo que pasó en 2004. Buscaban a un simpatizante de Aristide en la frontera con República Dominicana, pero no estaba en casa. Para darle un mensaje, sacaron a la calle a sus seis familiares y les pegaron un tiro por la espalda a cada uno. Milagrosamente, el más joven, de cuatro años, sobrevivió y tuvo el ingenio de hacerse el muerto. Hoy está paralítico de pecho para abajo. Siempre ha recordado quien estaba al mando: Guy Philippe».

En enero de 2017, el golpista y asesino Guy Philippe fue elegido senador por la región de Grand Anse, en el suroeste, pero la DEA (agencia antidrogas estadounidense) lo detuvo acusado de traficar con drogas y lo extraditó de Haití antes de tomar posesión. Sus seguidores salieron a la calle y la región ardió durante dos semanas, así que las agencias y oenegés evacuaron a los cooperantes blancos que trabajaban allí por temor a que las iras se dirigieran contra ellos.

La violencia que marcó los últimos dos siglos aún late en todo el país porque la injusticia sigue viva. En un país permanentemente dividido como Haití, incluso un sociópata y probado criminal como Phillippe tiene sus seguidores, que vieron la detención como una injerencia imperialista.

## 2 QUÉ SIGNIFICA SER UN ESTADO FALLIDO

---

En las carreteras de las regiones rurales es habitual ver garrafas y cubos. Las llevan motoristas, ciclistas o niños y mujeres a pie. Solamente la mitad de los hogares haitianos tiene acceso a agua potable, porcentaje todavía más precario en el campo.

«La gente marcha del campo a las ciudades creyendo que encontrará oportunidades, pero no hay nada», cuenta Jean Mance, hermano marista de 38 años nacido en el suroeste y hoy trabajador en la capital. «No hay trabajo, y entonces roban, se prostituyen, venden cualquier cosa por la calle. Sobreviven, no viven». Lo de *cualquier cosa* es literal. Un paseo por cualquier calle céntrica de Puerto Príncipe permite ver hileras de libros de segunda mano, teléfonos móviles usados (y en ocasiones rayados o directamente rotos), muebles o cualquier tipo de comida, desde paquetes de chicles hasta pollo con arroz, siempre preparado sobre un brasero en la misma acera. Pese al 70% de desempleo,<sup>10</sup> apenas hay mendigos en la capital —o no más que en

Barcelona—, tal vez porque, puestos a yacer en la calle, mejor con algo que vender. El movimiento es la norma, no es país de vagos, pero nada de nada, ningún esfuerzo asegura volver a casa con unas monedas, porque, por mucho que uno quiera vender, la gente no compra.

Bernard Edymé vende cuadros y manualidades en el barrio de Bel-Air, pero los que tiene expuestos en el portal de su casa son los mismos que había hace cinco meses. Georges Dieu Junior prefiere llamarse Reggy y vende arroz y aceite al por mayor junto con un socio en el barrio de Délmas 13, aunque no lo considera un trabajo. De hecho, los haitianos solo hablan de trabajo si hay salario, así que tener un puesto callejero o conducir un mototaxi no

cuentan como tal. Reggy pidió 500 dólares al banco para comprar mercancía, pero no pudo venderla antes de que caducara y no tiene con qué devolver el préstamo. Hoy está desahuciado y con sus pertenencias embargadas. Su esperanza es colarse en la República Dominicana y encontrar trabajo allí.

Marie tiene cincuenta años y ha pasado la mitad de ellos cocinando en el mismo rincón de la calle del Mercado de Hierro. Hace mucho tiempo que decidió que no cobraría la pieza de pollo y la cucharada de guarnición que le piden los niños que a ella acuden. Son los niños de la calle, parte del paisaje de Haití en general y de Puerto Príncipe en particular; huérfanos o abandonados, otras veces fugados de la violencia de sus casas. Son habituales las historias de niños que huyen porque su madre se casa con un hombre que los maltrata, o quizá asustados de su propio padre, que los repudia para poner por delante los que tiene con su nueva esposa. Entre una cosa y la otra, son miles los menores vagabundos en la ciudad, y algunos de ellos han sido bendecidos con el corazón de Marie. «No puedo contar cuántos son», confirma. Y un cliente habitual, que presencia la conversación y sabe que Marie, modesta, no lo contará, cuenta un secreto: no falló a su compromiso de alimentarles ni cuando su casa se derrumbó tras el terremoto de 2010. Lo perdió todo, pero le quedó algo para los demás. «He parido a dos niños, pero tengo muchísimos hijos», sonríe. Por qué lo hace, pregunta el periodista. «Porque tienen hambre», responde, sencillamente, Marie.

Marie es una de los cientos de haitianas que comercia en los alrededores

del Mercado de Hierro. Emmanuel Zamoyz “Manie” cree que tantos vendedores en exteriores han vaciado el Mercado y le han quitado el encanto. Su compañera en el puesto de figuras de madera, Rosie Jean, está convencida de que fue por el terremoto. Muchos murieron en el mercado viejo, según cuentan, y tantos otros que sobrevivieron se volvieron tan miedosos que no han querido instalarse bajo el renovado, construido al lado del original.

Bernard, Dieu Junior, Marie, Emmanuel y Rosie son una muestra de los cuatro millones de habitantes de una ciudad que se despierta con el canto de los gallos y se acuesta con el brillo del fuego de las hogueras de los puestos de comida callejera. Los cerdos y las cabras son parte del paisaje, los ríos hace años que quedaron literalmente ocultos bajo capas de basura y las calles asfaltadas son una excepción. Sin embargo, las manos vacías llegan por cientos cada semana. No hay políticas comunitarias fuera de la capital y rara es la iniciativa orientada a los campesinos, así que muchos tienen la fantasía de que en la ciudad todo será más sencillo.

## **2.1 El precio de no tener derechos**

A diez minutos a pie del mercado, se encuentra la prisión civil de la capital. Cada día, frente a sus puertas, docenas de mujeres hacen cola llevando comida para sus familiares presos. Saben que, ahí dentro, una fiambarrera es media vida. Los funcionarios han llegado a pasar meses sin nada con qué rellenar las despensas, según ha denunciado la Red Nacional de Defensa de los De-

rechos Humanos (RNDDH); y el penal, que fue construido para 800 presos, alberga más de 4.200. Tras hablar con el director de la cárcel y visitar el centro, esta organización denunció que los diecinueve primeros días de 2017 habían muerto catorce internos por hambre, cólera o tuberculosis. De nada sirvió.

La madre de Shal David, que se escribe a diario con su hijo y le lleva comida, lo confirma: «Cada día muere alguien». A Shal, de veinte años y mudo desde que nació, lo apresaron tras una pelea hace tres años y desde entonces no ha salido; la pareja de Sismith Saturné, de 32, lleva cinco dentro por conducir sin licencia; el marido y el hermano de Fabienne Saint Preux suman seis cada uno por robar unos plátanos. Todos están en prisión preventiva, pese a que el máximo tiempo que prevé la ley es de seis meses. Ninguno ha visto jamás un juez. Tampoco John Gideon, de quien su hermano Wil no tiene noticias desde hace tres meses: «Me cuesta tener esperanza; quizá ha enfermado».

Cómo no hacerlo. Livia Bouvier, activista de RNDDH, relata que cuando la policía intentó hacer una redada en la cárcel el pasado otoño, los perros que debían hallar droga se negaron a entrar y, luego, en comisaría, no pudieron levantarse del suelo en toda la tarde, víctimas del estrés que les produjo la multitud hacinada e intoxicados por los olores de unas celdas en las que cualquier esquina sirve de letrina. Se lo dijo el director del penal a Bouvier: «Si quiere encontrar un lugar en la Tierra que se parezca al infierno, venga a la prisión civil de Puerto Príncipe».

La organización de Bouvier no tiene una tarea agradecida. Ha sido tilda-

da de terrorista por los dos últimos gobiernos (Martelly y Moïse) y en otoño de 2016 recibieron una carta con una bala en su interior.

En la misma calle, a 300 metros de las filas solidarias, está la redacción de *Le Nouvelliste*, el principal periódico del país, pero el caso jamás ha salido en sus páginas. Sí lo hizo en *Radio Caribe*, pero bajo el titular de que los presos no comían a propósito para poder pasar alguna que otra noche en el hospital, ya que en las celdas no hay camas.

---

«Si quiere encontrar un lugar en la Tierra que se parezca al infierno, venga a la prisión civil de Puerto Príncipe».

---

Pese a la mala fama de la prensa, en febrero de 2017 un hombre de pelo canoso insistió en hablar con quien esto escribe, pero pide alejarse de la multitud. Explicó que su nieta fue infectada de VIH por la Cruz Roja. A los nueve días de nacer, recibió una transfusión de sangre, al cabo de poco enfermó y un análisis de sangre reveló que era seropositiva. Los padres pasaron las pruebas para ver si ellos habían sido los transmisores y dieron negativo, así que solo podía haber sido la Cruz Roja. Así lo dedujo también un juez, que condenó a la ONG a pagar 300.000 dólares en 2015.

Pero Jean-Gardel Edymé, el padre de la niña, no ha visto ni un dólar ni un *gourde*. Le enseña la sentencia al pe-

riodista, a quién acepta recibir en casa tras la llamada del abuelo, y muestra también el acuse de recibo de la Cruz Roja. «No pagan, dicen que nosotros no somos los padres de la niña». Pero lo son. O sufren como si lo fueran. La madre ha perdido varios kilos y no sale de casa. Están arruinados porque han gastado el equivalente a 1.800 dólares en medicinas retrovirales y no saben cuánto en abogados, pese a que el PIB per cápita del país es de 840 y la venta de muebles de la que viven no parece tirar. Cinco escuelas distintas han rechazado a la niña cuando han sabido que tenía VIH, así que ahora lo ocultan. Y han sido amenazados: «Un chico gritó mi nombre a la salida de la comisaría, justo después de poner la denuncia; me enseñó una foto mía y señaló la pistola que llevaba en la chaqueta; tengo miedo, mi vida ha sido amenazada. En este país puedes morir sin que nadie relacione tu muerte con nada, supondrían que ha sido un secuestro».

Nadie puede ayudar a Jean-Gardel a que se cumpla la ley. El Estado no existe, y es una frase casi literal. Son los salesianos y otras órdenes quienes acogen y educan a niños de la calle en sus residencias y escuelas de formación profesional, son los defensores de los derechos humanos quienes denuncian la degradación de las cárceles, y así se podría seguir hasta nombrar las 3.000 organizaciones no gubernamentales que operan en el país. Pero es que parte del problema es que estas entidades han construido una suerte de gobierno paralelo, en palabras de un alto cargo de la Organización Mundial de la Salud en Haití, que pide anonimato. ¿Cómo pedirle al Gobierno que invierta en hospitales si las oenegés los montan gratis?

¿Para qué exigir un sistema de saneamiento de agua si tradicionalmente lo han pagado las agencias de la ONU?

## 2.2 De nuevo, el caos

El otoño de 2019 hubo una preocupación añadida. Los haitianos llevan manifestándose contra el presidente, Jovenel Moïse, casi desde su elección en 2017 porque no ha solucionado ninguno de los problemas crónicos del país. La inflación sigue aumentando, el desempleo está cada vez más generalizado, los casos de corrupción se cuentan por docenas y a menudo escasea el combustible tanto en los pueblos como en la capital. Todo ello entraba dentro de lo acostumbrado, pero una investigación del senado señaló en junio de 2019 que Moïse y el anterior presidente, Michel Martelly, eran los responsables del desvío de 3.800 millones de dólares. El dinero procedía de Petrocaribe y debía servir para construir una carretera. La compañía Agritrans, propiedad de Moïse, fue la adjudicataria del proyecto y recibió los fondos en 2008, pero ocho años más tarde no hay noticias de la carretera en cuestión.

Desde entonces, han arremetido las protestas, habitualmente muy violentas. El objetivo es claro: echar a Jovenel Moïse,<sup>11</sup> pero pocos tienen una idea clara de qué hacer después. Entre tanto, las carreteras principales están cortadas, lo que ha generado problemas de suministros en todas partes; algunos hospitales, como el de Sainte Croix, informaron de la falta de máquinas de oxígeno y se vieron obligados a tener que elegir entre atender a los neonatos de la UCI o a pacientes de urgencias

que habían infartado o sufrían problemas cardiorrespiratorios; las escuelas cerraron en septiembre y no han abierto durante meses; y los violentos han tomado las calles. «No se puede salir de casa», confiesa por mensaje telefónico Junior Dieu, un joven de Puerto Príncipe. «El país está cerrado. Literalmente, no puedo hacer nada». ¿Y qué comen? ¿De qué viven? «Estamos sobreviviendo».

Una comparación sirve para entender la dimensión del conflicto. En la misma época, en otoño de 2019, fue noticia que la policía anunciara que usaría fuego real contra los manifestantes de Chile o Hong Kong. En Haití, el uso de las armas de fuego no es tan noticiable. Los agentes mostraron armas automáticas y escopetas recortadas desde el primer día de los disturbios y, según la ONU, diecinueve de las víctimas mortales de los enfrentamientos de fin de año las causó la policía.

En Haití han sido habituales los asesinatos de opositores. En diciembre, las cámaras de France 24 que cubrían una de las manifestaciones capturaron cómo la policía reducía a un tipo armado que estaba a punto de disparar contra uno de los líderes de las protestas; lo identificaron como el guardaespaldas de un alto cargo del gobierno. Antes, en septiembre, un senador del partido oficialista disparó contra manifestantes e hirió a un fotoperiodista.

Aristide diagnosticó bien esta cultura política tan dada a la violencia. Seguramente sea lo que más le entristece –y en ocasiones le desespera– de sus enemigos. Lo sufrió en sus carnes y tal vez por eso sopesó el martirio como una forma de dar vida desde la propia muerte.

Así explica sus pensamientos poco antes de ser evacuado del país, tras el golpe de Estado de septiembre de 1991 y teniendo muy claro que los militares habían estado discutiendo si convenía o no ejecutarle. «Quizás mi vida tendría que haberse detenido en el aeropuerto o en el Palacio Nacional: un accidente, haber intentado resistir, un tiroteo, una bala perdida... [...] Hace dos días que la siento acercarse, dudar, acariciarme, alejarse. ¿Será que un historial de nueve atentados acaba por inmunizar? No voy a imaginarme que soy de hierro ni que a éste puedo resistir; se trata, más bien, de que pueda mantener la serenidad. [...] Si matar al primer Presidente democráticamente electo supone el destierro frente al resto del mundo, no hacerlo conduce al *impasse* constitucional».<sup>12</sup> El relato sigue desde el avión que le llevó a Caracas y mezcla todo tipo de sentimientos desde su exilio en Venezuela.

---

En Haití han sido  
habituales los asesinatos  
de opositores.

---

Las palabras de Aristide recuerdan a las de Pere Casaldàliga. La idea e incluso el deseo del martirio sobrevuelan todo el texto de *Descalzo sobre la tierra roja* igual que en *Dignidad*. Francesc Escribano recogió la vida y los pensamientos del obispo emérito de Sao Félix de Araguaia (Brasil). En una de sus conversaciones, Casaldàliga le confiesa que ha dejado de temer a la muerte: «Estoy tranquilo porque, al fin y al cabo, me encuentro rodeado

de mucha gente que también está amenazada [...]. Yo sé perfectamente por qué me amenazan, y sé que las causas que apoyo son más importantes que la misma muerte que pueda venir. Siempre he pensado que sería una muerte digna y una muerte así honra toda una vida».<sup>13</sup>

Lo adorna con uno de los poemas que escribió poco después de presenciar la muerte de João Bosco a manos de un policía:

Yo moriré de pie igual que los árboles,  
me matarán de pie.  
Testigo mayor, el sol imprimirá su lacre  
sobre mi cuerpo ungido otra vez  
[...]  
De golpe, con la muerte,  
se hará realidad mi vida.  
¡Por fin, habré amado!

### 2.3 La violencia sexual

Pero hay otras causas de ira mucho más claras. En abril de 2017, Associated Press (AP) denunció y probó lo que entre haitianos era común escuchar: los Cascos Azules que la ONU mandó en 2004 solían abusar sexualmente de mujeres y niñas en Puerto Príncipe y los alrededores.

AP mostró 2.000 denuncias de abusos sexuales y violaciones, 300 de ellas a menores de edad y 150 con infecciones sexuales o paternidades no reconocidas, todo a cargo de la MINUSTAH, la misión de la ONU que llegó a Haití con el derrocamiento de Aristide, pero que permaneció en el país pese a que no había riesgo de guerra.

Recientemente, una investigación de Sabine Lee y Susan Bartels, fi-

nanciada por el Arts and Humanities Research Council, quiso conocer más sobre la percepción que los ciudadanos tenían de la presencia de los Cascos Azules en el país. De los 2.500 haitianos consultados, 265 contaron casos de mujeres que habían tenido hijos con soldados de la misión de la ONU. Un hombre de Port Salut, por ejemplo, reveló que «muchas chicas tienen hijos de los MINUSTAH». La situación es problemática a muchos niveles: en primer lugar, ser madre soltera en Haití supone graves problemas económicos; la mayoría de mujeres que se quedaron embarazadas vivían ya en situación de pobreza extrema. Una de las historias relata que una haitiana que mantenía relaciones sexuales por dinero con soldados de la ONU quedó embarazada y, una vez madre, se veía obligada a repetir el proceso para poder dar de comer a su hijo.

En segundo lugar, el hecho de que el bebé se conciba fuera del matrimonio genera estigmatización, cuando no discriminación. Además, las condiciones de la concepción fueron las que fueron. Pese a que se constatan relaciones en plano de igualdad, la mayoría de los relatos van desde el ofrecimiento de sexo a cambio de dinero o comida hasta las violaciones múltiples.

Lo terrible, lo injustificable, es que no era novedad. La ONU acumula acusaciones de violaciones y abusos sexuales de los Cascos Azules desde hace décadas. El caso de la República Democrática del Congo tuvo cierta repercusión en 2005, cuando se relataron intercambios de sexo por comida con niñas de catorce años. Pese a lo público del escándalo, poco cambió. Los reportes de explotación sexual han con-

tinuado y en 2015 fueron reconocidos dieciséis casos en el país.

Ese mismo 2015 también se registraron veintidós historias de explotación sexual de los soldados desplegados en la República Centroafricana, pese a que habían llegado apenas un año antes. Previamente, Kosovo en 2001, Camboya a principios de los noventa y Liberia, Sierra Leona o Guinea en 2002 habían denunciado abusos sexuales de los Cascos Azules.

El código de conducta de los Cascos Azules deja pocas dudas: están prohibidas las relaciones sexuales con menores de dieciocho años, incluso mediando consentimiento, y no se permiten los intercambios de ningún tipo (bienes, servicios o dinero) a cambio de sexo. También se explicita que no es atenuante que el o la menor mienta acerca de su edad o aparente ser mayor.

---

La ONU acumula  
acusaciones de violaciones  
y abusos sexuales de los  
Cascos Azules desde hace  
décadas.

---

La relación entre la cosificación de la mujer y el capitalismo ha sido suficientemente investigada y no es asunto del presente cuaderno, pero tal vez las conductas de la MINUSTAH merezcan un apunte en tal sentido. La imagen es contundente porque condensa demasiados privilegios. Ellos (ricos, blancos, armados) las someten a ellas (pobres, negras e indefensas; añadamos que a veces, además, menores).

Algo tendrá que ver que solamente un 12% del personal en las misiones de la ONU sean mujeres.

Sea como fuere, los abusos denunciados terminaron de enterrar el crédito de la misión, que ya estaba bajo mínimos tras descubrirse que fueron sus soldados quienes introdujeron en el país el cólera tras el terremoto de 2010. Concretamente, fueron los contingentes nepalíes y, además, quedó demostrado que la enfermedad se propagó por carencias en la higiene en las instalaciones de la misión.

Desde entonces, la epidemia ha matado a 10.000 personas, ha infectado a 800.000 y diez años más tarde todavía no está bajo control, especialmente en el campo, donde más complicado es sanear el agua y formar a las comunidades. El entonces secretario de la ONU, Ban Ki-moon, se comprometió a compensar a las víctimas, pero no hay noticias de que se llevase a cabo. Tampoco habrá condena contra quienes violaron o los culpables de que el cólera vuelva al país 150 años más tarde de su erradicación: Naciones Unidas tiene inmunidad legal y sus soldados solo pueden ser juzgados por sus países de origen, nunca por la propia ONU.

Incluso los que quieren ayudar desde oenegés han engordado el historial de abusos sexuales a haitianas. En 2017 se destapó que directivos de la delegación de Oxfam en el país habían celebrado orgías con prostitutas y víctimas del terremoto.

El informe de la Comisión de Beneficencia del Reino Unido deja claro lo que sucedió: «Oxfam tiene la responsabilidad de proveer un ambiente seguro para sus beneficiarios, su equipo y otros trabajadores humanitarios.

No siempre lo ha cumplido. Esto se evidencia en lo que ocurrió en Haití en 2011. Existió una cultura de tolerancia a los malos comportamientos en Haití durante aquella época. Hubo señales tempranas que alertaron de ello en 2010; algunos individuos tomaron ventaja tanto de la presencia humanitaria en Haití como de una cultura de rendición de cuentas pobre.» establece el documento<sup>14</sup> de 36 páginas.

El informe debe enmarcarse en el Brexit y en una época de críticas a los gastos fuera de las Islas, entre ellos la ayuda al desarrollo. No obstante, el ejemplo de Oxfam demuestra relaciones de poder que pueden darse cuando en un país está claro quién ayuda y quién es ayudado, y quién tiene y quién no.<sup>15</sup> El caso sirvió para mejorar los mecanismos de rendición de cuentas.

## **2.4 No solo sufren las vidas humanas**

En Haití hay un clima tropical. Lluve un 30% más que en cualquier otro territorio con clima oceánico, como Normandía, Escocia o Galicia. Podría ser un país tan verde como sus hermanas caribeñas. De hecho, lo era, y Colón destacó «los árboles de distintas clases que parecen alcanzar el cielo». Sin embargo, el desierto preside su paisaje. Una visita virtual a la isla desde Google Earth da idea de la dimensión del problema. La frontera entre Haití y su vecina, República Dominicana, coincide con un cambio cromático: verde oscuro en el este, marrón claro en el oeste. Una reciente investigación<sup>16</sup> de la Universidad de California revela que la selva virgen se ha reducido

tanto que apenas representa el 0,32% de la superficie del país. La protección tampoco sirve: tres cuartas partes del bosque de sus parques naturales han desaparecido desde que se instituyeron, en 1982. ¿Por qué?

Primero, porque los franceses talaron a gran escala para poder plantar su caña de azúcar, que además exprimió los nutrientes de la tierra y le restó fertilidad.

---

La selva virgen se ha reducido tanto que apenas representa el 0,32 % de la superficie del país.

---

Segundo, porque, tras la independencia y la multa, se mandaron toneladas de madera como pago a los franceses, madera que hoy es parte de muchas mansiones en Europa.

Tercero, porque es su combustible. Según el Banco Mundial, el 76% de las necesidades energéticas del país están cubiertas por el carbón vegetal y la madera desde que el precio del petróleo se disparara a mediados de los años noventa. La mayoría de las casas cocinan con estos combustibles, también en la capital. La plantación de árboles de crecimiento rápido llegó demasiado tarde y en la mayor parte de montañas ya no hay árboles. Sin raíces para compactar la tierra, cada nueva lluvia ha sido una escoba. El agua ya no se absorbe, sino que pule el suelo, que ya no puede ser fértil.

En consecuencia, Haití ha perdido todas sus especies endémicas, tanto vegetales como animales, y se dirige

inexorablemente –la palabra es del citado estudio de Blair Hedges– hacia la extinción masiva de su biodiversidad.

## 2.5 El terremoto, diez años después

Luego está el terremoto. Es imposible deslizar las vidas de Puerto Príncipe del seísmo. Hay 313.000 vidas por llorar. Se calcula que un millón de menores quedaron huérfanos al instante.

Marcus Saint Louis se gana la vida conduciendo *tap taps*, que son furgonetas *pick ups* cubiertas y coloreadas que sirven de autobús, y se hace la misma pregunta que formuló Hillary Clinton: «Why Haiti?». Fue un temblor de 7 grados en la escala Richter, duró 35 segundos y tuvo 52 réplicas. Destruyó las casas de un millón y medio de personas.

---

Haití ocupa el tercer lugar mundial en el *ranking* de países en riesgo de desastres naturales extremos.

---

Por comparar, un mes y medio más tarde, Chile tembló con un seísmo de 8,8 grados y duró cinco minutos, lo cual significa que tuvo una potencia 500 veces mayor que en Puerto Príncipe. Pese a que se produjo en una zona cuyo radio de acción abarca el 80% de la población del país, murieron 525 personas.

El de Japón en 2011 fue de 9 grados, duró 6 minutos y tuvo 1.235 ré-

plicas. Hubo un muerto. Contando el tsunami posterior, murieron 15.000 personas. En Haití, la cifra fue veinte veces mayor. «¿Por qué 300.000 muertos? –sigue Saint Louis– ¿Por qué tantos?».

Fue un desastre natural, pero agravado por un desastre de ingeniería. Todas las organizaciones que inspeccionaron los destrozos señalaron la precariedad de las construcciones como la causa de la tragedia.

Cayeron por igual las barracas del Carrefour que las del palacio presidencial, se derrumbaron la catedral y las oficinas de Naciones Unidas. Incluso hubo desgracias con gran valor simbólico: el derrumbamiento de una escuela de magisterio mató a cincuenta alumnas y el de una academia de enfermería sepultó a 300 de sus estudiantes. Tenían que ser futuras maestras y enfermeras llamadas a iniciar esos círculos virtuosos en los que tanto creen los cooperantes y los mismos haitianos. Esas vidas que mejoran vidas y generan riqueza a largo plazo. Todo aquello se cortó de cuajo bajo toneladas de cemento y hierro y polvo.

Haití ocupa el tercer lugar mundial en el *ranking* de países en riesgo de desastres naturales extremos, por detrás de Honduras y Myanmar. Está encima de una línea de fricción de placas tectónicas y en medio de una zona de huracanes. Pero todo ello importa relativamente al lado de sus historias.

Bernard Edymé, el pintor, sobrevivió porque se le pasó por la cabeza saltar por la ventana; se partió un brazo, pero los otros once amigos con quienes estaba en la casa no salieron jamás. Stephane es otro que salvó la vida, pero quedó marcado: «No me

hice daño físicamente, pero sí emocionalmente. Un buen amigo murió y muchos conocidos perdieron la casa o los negocios». Hoy, Stephane es un informático titulado que viste camisa para ir a trabajar, pero que usa velas cuando anochece. En 2010 se había trasladado desde su pueblo, Les Cayes, en el suroeste, para estudiar. Nunca olvidará el temblor, al que en criollo llaman *Goudou*: «Fue muy traumático». Marcus Saint Louis, el conductor, asegura que todos en la capital perdieron a alguien que querían y, sin embargo, reflexiona: «No se habla de psicología, la gente sigue andando, pero no se ha hablado del trauma».

Algunos sí necesitan hablar de ello y lo hacen. Icavis Celné perdió su pierna. Le quedó atrapada entre su moto y un pedazo de la catedral que cayó tras el primer temblor. Fue una entre cinco millones de historias. Todos en la capital tienen la suya y muchas incluyen un nombre de entre los 300.000 que ese día se lloraron.

Icavis nunca supo cuánto tiempo estuvo desmayado, pero sí recuerda los tres días que aguantó con la pierna desfigurada, sufriendo y durmiendo entre cadáveres, en medio de la calle: «El Gobierno no retiró los cuerpos, fueron las fuerzas internacionales, que eran quienes tenían dinero». Icavis conducía un mototaxi, pero, sin pierna, tuvo que dejarlo. Más tarde vino el abandono de su mujer y madre de sus tres hijos. Se marchó un día sin más. Los dos hijos mayores viven con su tío en las afueras, pero el pequeño se quedó con él. Duermen bajo una tienda de campaña y ha logrado su objetivo, que su hijo vaya a la escuela, y con eso parece bastarle. «Mis amigos me dan

dinero cada semana y mi hijo tendrá oportunidades. La ayuda no llegó para mí, nunca se cumplieron las promesas que nos hicieron», lamenta refiriéndose a la ONU, las onegés y el gobierno, «pero me mantengo fuerte».

## 2.6 Pequeñas victorias en el campo

Tal vez las desgracias generan callo y por ello la cultura haitiana se ha adaptado a la pérdida. Cualquier conversación con un agricultor del sur deja esa sensación. Saben que cada poco deben sufrir una tormenta tropical o un huracán que les va a echar a perder la cosecha, matará a la vaca que engordaban o tirará su casa abajo. Cuentan con ello y la vida les va dando la razón. El huracán Matthew, de otoño de 2016, es el último ejemplo. Arrancó de cuajo los plataneros que daban trabajo a 20.000 haitianos, mató a cientos de vacas y cerdos, y dejó sin hogar a 174.000 personas. Duró unas horas, pero sus consecuencias se notarán durante años. Alexi Jeavoir, por ejemplo, es un niño que seis meses después todavía vivía entre paredes de cañas porque los vientos se llevaron la casa de sus padres, granjeros. Natasha Samedi, que vende comestibles en Camp Perrin, encontró una mesa bajo la que protegerse cuando su techo colapsó y así salvó su vida. Samedi explica serenamente lo que necesita la región: «Que los agricultores puedan trabajar la tierra de nuevo, que compren los productos desde la ciudad y vuelva el ciclo del dinero».

Las agencias internacionales y las onegés ayudaron, claro. Los salesianos repartieron materiales y semillas a

los agricultores, y dieron agua potable gratis a quien lo pidiera; Oxfam pagó sueldos a comunidades enteras para que despejasen los caminos que habían ocupado las rocas desprendidas y los troncos caídos. De propina, se alió con las comunidades de agricultores que se negaron a aceptar el envío de 550 toneladas de cacahuetes estadounidenses en concepto de ayuda.<sup>17</sup> Haití es un formidable productor de maní y el negocio sirve de sustento tanto a quienes los plantan como a quienes los venden en bolsitas en las salidas de los colegios, así como las empresas que los convierten en mantequilla, de modo que introducir toneladas de cacahuetes gratis en el país hubiera arruinado a gran parte de todos ellos, como pasó con el arroz de Arkansas. Estos gestos contra los mal llamados “donativos” no son nuevos.

Desde 1985 el movimiento campesino del país ha contado algunas victorias simbólicas, como la quema de las semillas que Monsanto mandó a los campesinos poco después del terremoto de 2010.

---

El 90 % de los cultivos  
depende de las lluvias, no  
del riego, que apenas cuenta  
con infraestructuras.

---

Como había sucedido con los cacahuetes, el donativo tenía trampa: las semillas de Monsanto eran transgénicas y requerían de un trato con herbicidas, fertilizantes y pesticidas para adaptarse al clima tropical, productos todos ellos producidos por la propia Monsanto e

inéditos en el día a día del agricultor de Mirebalais, Papaye o Hinche. Hubiera sido el fin de su independencia y un riesgo para su salud, ya que, como se recogió en el manifiesto con el que los colectivos de la Vía Campesina celebraron la quema de las semillas, se sabe que los pesticidas de Monsanto tienen entre sus consecuencias el aumento de riesgo de alergias, diabetes, cáncer, deformaciones congénitas y resistencia a los antibióticos, tanto entre quienes cultivan como entre quienes consumen.

Pero la vida en el campo es luchar en una batalla tras otra, así que no basta una victoria sobre *la peor empresa del mundo*<sup>18</sup> porque hay otras por librar. Johnny Guillaume, un campesino de Camp-Perrin, de 24 años, se queja de que «las semillas que da el gobierno suelen ser de un solo uso y las que producen aquellos frutos no pueden sembrarse». Esto limita la soberanía alimentaria, otra de las prioridades de entidades como la Vía Campesina o la Plataforma Haitiana para un Desarrollo Alternativo, que apoyan el intercambio de simientes nativas entre los agricultores de distintos lugares para no depender de las semillas “Terminator”, que no pueden reproducirse.

Y las semillas no son el peor de los problemas del campesinado. El 90% de los cultivos depende de las lluvias, no del riego, que apenas cuenta con infraestructuras.

Los campesinos haitianos viven y trabajan porciones de tierra que durante generaciones han pertenecido a la familia, habitualmente sin certificados o contratos que lo demuestren, aunque nadie parece tenerlo como prioridad. El registro de las propiedades es un caos

y el único intento de hacer un estudio catastral culminó con un incendio que destruyó los datos recopilados. Históricamente, los agricultores se establecían en las tierras que les convenían, que pasaban a ser suyas; allí cultivaban lo que necesitaban para vivir. Aún hoy permanecen estos hábitos; *ONU Food* cifra en un 95 % el número de parcelas haitianas que se venden sin trámites legales.

## **2.7 Cuando el imperialismo se disfraza de solidaridad**

Este desorden endémico en la propiedad de la tierra puede generalizarse en otras dimensiones de la sociedad haitiana, no se sabe si como rasgo caribeño genérico o como mecanismo psicológico de evitación. A veces, es mejor no afrontar según qué realidades: el 20% más pobre tiene un 1% de la riqueza del país, mientras el quintal más rico maneja un 65%. Dos millones y medio de haitianos sufren la pobreza extrema y dos terceras partes sobreviven con menos de dos dólares al día.

No solo los números dibujan un Estado fallido. Los cortes de luz son una constante casi diaria en la capital, pero nunca afectan a su barrio más rico, Pétienville, donde reside el personal diplomático, los funcionarios de las agencias internacionales y los altos cargos de las oenegés.

Lo de «país más pobre del Hemisferio Occidental» es un cliché que aporta bastante menos que sus estadísticas sobre equidad, que le colocan como el más desigual de América: mientras en el barrio de Pétienville abundan los restaurantes de 50 dólares el cubierto,

decenas de miles viven bajo una lona o una placa de uralita desde que perdieron su casa. Tal vez el dato cobresentido volviendo a los Clinton: su Fundación se hizo cargo de docenas de contratos de reconstrucción tras el terremoto, que adjudicó en su totalidad a las empresas de sus donantes. Uno de ellos fue un hotel Marriott de cinco estrellas en Pétienville, levantado por el magnate irlandés Denis O'Brien. Pese a que prometieron dar trabajo a los nativos, solamente una docena de haitianos trabaja hoy en él.

El Marriott se ve desde varios puntos de la capital, pero no tanto como el edificio de la operadora Digicel, también propiedad de O'Brien. Tras el terremoto, la Fundación Clinton regaló cientos de miles de móviles a la población a condición de que fueran de Digicel. Los pagó USAID, la agencia de solidaridad estadounidense, dependiente de la secretaría de Estado, por aquel entonces encabezada por Hillary Clinton. Digicel pasó de la irrelevancia a un 75% de cuota de mercado y aun hoy, cada vez que un haitiano llama o manda dinero a través de ese móvil pagado con fondos estadounidenses, Digicel factura. Lo hace, por cierto, en su sede en el paraíso fiscal de las Bermudas.

Pero, además de móviles, los haitianos necesitaban viviendas de emergencia. La Fundación Clinton las encargó a Clayton Homes, parte de Berkshire Hathaway, el conglomerado propiedad de Warren Buffett, uno de los más generosos donantes de la Fundación y de las campañas de Bill y Hillary. Para montar las casas, Clayton también recibió fondos federales con fines filantrópicos. Hoy, las viviendas

están vacías porque los haitianos no las quieren ni regaladas: eran contenedores con una ventilación pésima que hacía que se acumularan humos y moho, y el calor hacía enfermar a quienes los habitaban.

Rompiendo la promesa pública que Hillary le hizo al presidente Obama cuando asumió el cargo de secretaria de Estado, la fundación nunca ha presentado sus presupuestos detallados ni se ha sometido a auditoría alguna. Sin embargo, su web publicó que O'Brien había donado entre 10 y 25 millones de dólares a la Fundación entre 2011 y 2012, y el *Washington Post* recordó que había organizado tres conferencias en Irlanda para la pareja, que cobraban a 200.000 dólares por barba cada una. La reacción generalizada cuando se menciona a los Clinton en Haití es el asco.<sup>19</sup> La sospecha más extendida es que han robado. Diez años después, la situación es tan crítica como tras el terremoto, pero como el país es tan pobre y el Estado tan corrupto y disfuncional, pocos piden cuentas a alguien que no sea Moïse.

Los cacahuetes y las semillas de Monsanto. El Marriott y Digicel. Las casas literalmente llenas de mierda de Warren Buffet. El listado podría con-

tinuar porque solamente el 2,3% del dinero que la Agencia de Ayuda al Desarrollo (USAID) mandó a Haití terminó en empresas u organizaciones haitianas.

En contraste, el 55,5% de los fondos de USAID<sup>20</sup> fueron a entidades y compañías radicadas en Washington y sus alrededores. Traducción: 1.270 millones de dólares se adjudicaron a firmas acostumbradas a tener trato con la Administración. Una sexta parte de las adjudicaciones se la llevó Chemonics International, una consultora privada dedicada al desarrollo, que en 2019 reportó beneficios de 1.500 millones de dólares. El Evangelio de Mateo nos da pistas de cuál es el problema de USAID: «Donde tienes el tesoro tendrás el corazón» (Mt 6,21).

El abecé de la cooperación al desarrollo consiste en establecer vínculos con los locales. Primero, desde el diálogo –preguntar y, sobre todo, escuchar–. Luego, descubrir y acordar qué puede aportar cada cual para cumplir con los objetivos. Y, si una parte pone el dinero, que sea para dar trabajo y sueldo a la población local, no para emplear a extranjeros, aunque sean voluntarios. Nada de eso se tuvo en cuenta desde el departamento de Estado.

### 3 CÓMO SALIR ADELANTE

---

Un pasado colonial como herencia y una guerra como herida; una deuda con Francia como lastre y la ocupación estadounidense de castigo. Los Duvalier y sus 60.000 muertos. Las injerencias contra Aristide. Una corrupción y una desigualdad todavía vigentes, que se suman a los colosales fraudes en la ayuda tras el terremoto. Incultura, epidemias como el VIH, malas infraestructuras, ya no para comunicar a sus gentes, sino para procurarles agua potable.

Tratados comerciales escritos al dictado del FMI que hacen que el país pase de ser exportador de alimentos a tener que comprar fuera la mayor parte de los que consume. Desertización. Muertes de disidentes y de inocentes. Abusos a sus mujeres. Niños que viven en la calle. Contaminación de sus calles y del agua de sus ríos.

Visto así, tiene plena vigencia la primera parte de la *Declaración de la selva Lacandona*, del Ejército Zapatista, escrita en enero 1994: «Hombres pobres como nosotros, a quienes se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarnos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin importar que este-

mos muriendo de hambre o de enfermedades curables, sin importar que no tengamos nada, absolutamente nada, ni un techo digno, ni tierra, ni trabajo, ni salud, ni alimentación, ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin independencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos».

¿Puede haber una receta mágica? Entre los analistas suele existir un cierto consenso: una de las prioridades es acabar con la dependencia del exterior.

Hasta 10.000 organizaciones llegaron tras el seísmo. La ayuda extranjera supone hoy un 35% del presupuesto del gobierno. Proviene sobre todo de

los préstamos del FMI y del Banco Mundial y de las contribuciones de los Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea. La autonomía de cualquier político, vistos los condicionantes, es la que es.

Pero, incluso dentro de sus límites, la clase política haitiana tampoco ayuda. Actualmente, el Senado y la Cámara de Representantes gastan el 5,8% del presupuesto del Estado, mientras que la inversión en Salud es de apenas el 4,4%. No es algo que venga de lejos; en 2004, la partida representaba un 16,6%.

Tampoco los donativos privados tienen demasiado recorrido. Ya se vio cómo se juega con los de fundaciones turbias como la de Clinton. Nunca hubo más ganas de ayudar que tras el terremoto. Una encuesta de Pew Research días después de la catástrofe reflejó que la mitad de los estadounidenses habían donado o tenían previsto hacerlo. *The New York Times* le concedió dos noticias de portada a Fabienne, una bailarina que había perdido la pierna durante el seísmo. La primera fue en febrero de 2010. Pronto arreciaron las campañas a su favor, le pagaron una prótesis y le ofrecieron pagarle una academia de danza en Haití. Luego apareció en televisión, bailando alegremente sobre su nueva pierna. Y un año más tarde, en el primer aniversario del terremoto, el mismo periódico volvió a dedicarle su primera página. En 2012, apenas transcurridos doce meses de la segunda portada, el reportero Jason Kushner, especializado en Haití, volvió a Puerto Príncipe para localizarla y ver cómo estaba. Como relata en una pieza reciente, «Fabienne estaba viviendo en un sucio apartamento con

su madre moribunda y su joven hija, Christine, llena de energía». Los donativos, sencillamente, dejaron de llegarle y pasó a depender de la bondad y la caridad de sus vecinos haitianos. Fabienne murió poco antes del décimo aniversario del terremoto, fruto de los constantes ataques de epilepsia que la achacaban desde el terremoto. Fue una trágica metáfora de lo que representaron los donativos: llegaron para reparar el cuerpo de Fabienne, pero las peores heridas eran las que habían permanecido ocultas.

Un país no puede vivir de la solidaridad externa. Primero, porque genera dependencias. Se ve en la inversión pública en educación o sanidad, que cada vez es más baja porque los distintos gobiernos saben que las oenegés pueden suplir su papel. Segundo, porque esta solidaridad se termina y el mundo, como acertó a escribir Kushner en su pieza, pasa a otra cosa.

¿De dónde se saca el dinero para alfabetizar a su población? ¿Cómo se construyen carreteras y canales? ¿Quién evitará que mueran 48 de cada 1.000 bebés?

En un mundo utópicamente justo, el problema tendría una primera parte fácil. Para financiar lo que fuera que se idease, Francia devolvería el dinero de la deuda con la que castigó a Haití en sus 150 primeros años de vida. En 2003, Aristide la cuantificó en lo que hoy serían 25.700 millones de euros. Si el PIB haitiano era en 2017 de 7.600 millones, significa que el retorno tiene un valor del 350% de la riqueza actual del país. Todo sería sencillísimo desde ahí. Sobra decir que de esa deuda ni se va a hablar, mucho menos se va a pagar. La única que reconoció el presi-

dente Hollande en su visita a Haití en 2015 fue una deuda “moral”.

Moral, dice. ¿No sabe de dónde viene la riqueza francesa? La acumulación europea de capitales es hija de la esclavitud, y el sistema capitalista y la idea misma de modernidad o desarrollo no se entienden sin el colonialismo. La herida haitiana (y la latinoamericana por extensión)<sup>21</sup> viene de este eurocentrismo, de asumir que su subdesarrollo proviene de un saqueo, y que tal expolio explica el enriquecimiento occidental.

Otra prioridad hoy seguramente sea la misma que en 1990: conseguir que las fuerzas armadas se subordinen a la Constitución y a una cierta idea de la justicia. Y, desde allí, conseguir un cierto orden. Pero Moïse, como antes Martelly o los Duvalier, son corruptos e incapaces, pero no idiotas. Por eso el 40% del presupuesto nacional termina

en las Fuerzas Armadas, que protegen a una clase dirigente y castigan a la disidencia.

No será fácil. Si lo fuera, alguien lo habría conseguido ya.

«Tras unos años aquí es fácil volverse un cínico», confiesa un alto cargo de la Organización Mundial de la Salud en el país. Pero los nativos le dan un tono distinto a la queja: la resiliencia aparece sin duda como uno de los valores capitales haitianos. También la creatividad y la riqueza de su cultura, tanto artística como espiritual. Cuenta el profesor de Oxford David Nicholls<sup>22</sup> que vio condensado este espíritu en un mural que apareció en la capital tras la huida del dictador Jean-Claude Duvalier. Aparecía una gallina de Guinea, el símbolo nacional, con unas palabras escritas en el pecho: «Fok nou volé piwo», que traducidas del *creole* significan ‘Debemos volar más alto’.

1. 10 de marzo de 2010, Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.
2. LUCENA, Manuel (2007). *Breve historia de Latinoamérica. De la independencia de Haití a los caminos de la socialdemocracia*. Madrid: Cátedra.
3. Hablaríamos en este cuaderno de los pueblos taínos que habitaban las islas antes de la llegada de Colón, pero ya no queda ni uno desde hace siglos. Ese momento traumático y fundacional del mundo colonial fue tan bruto en la isla de la Española que no ha dejado ni cicatriz.
4. BROWN, Vincent (2010). *The Reaper's Garden: Death and Power in the World of Atlantic Slavery*. Cambridge: Harvard University Press.
5. JAMES, C. L. R. (1938). *The Black Jacobins: Toussaint l'Ouverture and the San Domingo Revolution*. Londres: Secker & Warburg Ltd. Las charreteras son las divisas doradas o plateadas que llevan los militares en el hombro, cuyos hilos o flecos cuelgan sobre la parte superior del brazo, a modo de distintivo y de adorno.
6. DESMOND, Matthew (2019). *In order to understand the brutality of American capitalism, you have to start on the plantation*. Incluido en *The 1619 project* de *The New York Times*.
7. Vale la pena subrayar que no fue gracias a la buena voluntad de los políticos británicos, sino como respuesta a la sanguinaria revuelta de esclavos jamaicanos de 1831.
8. Nunca como en el Haití de los Duvalier fue tan necesaria la Teología de la Liberación y la buena noticia («Me ha enviado a liberar a los oprimidos», Lc 4,18) y, sin embargo, nunca se vivió una complicidad tan ignominiosa como la del Vaticano. Como reza el Evangelio de Mateo, «No habían comprendido lo de los panes» (Mc 6,52). El mismo Aristide, en sus memorias, se escandaliza: «¡Si al menos una Iglesia unánime hubiera caminado junto a su pueblo reuniendo dignidad y democracia...! El problema es que su jerarquía ni siquiera llegó a condenar el golpe [...] peor aún, no desaprovechó ocasión alguna para erigirse en garante del mismo [...]. Han sido muchos los cristianos que, en todo el mundo, se han indignado y sorprendido ante el hecho de que el Vaticano no haya llegado a condenar el golpe; pero esto no podía extrañar, en verdad, a quienes conocemos al Papa y a la mayoría de obispos haitianos».
9. KAPUŚCIŃSKI, Ryszard (2010). *Cristo con un fusil al hombro*. Barcelona: Anagrama.
10. Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de España. Actualizado en diciembre de 2018.
11. La conclusión es de la escritora haitiana Edwidge Danticat, que tiene distintas columnas al respecto en *The New Yorker*.
12. ARISTIDE, Jean-Bertrand (1995). *Dignidad*. Madrid: Iepala, p. 63 y 64.
13. ESCRIBANO, Francesc. (1999). *Descalç sobre la terra vermella. Vida del bisbe Pere Casaldàliga*. Barcelona: Edicions 62, p. 148. Traducción propia.
14. Charity Commission for England and Wales. Inquiry report: Oxfam. Número de registro 202918. Junio de 2019.
15. El lector disculpará una anécdota personal al respecto. Durante mi estancia en Haití entre enero y febrero de 2017, me alojé en varias casas particulares gracias al *couchsurfing*, una red social en la que se oferta hospedaje gratuito. Una de las personas que me acogió durante una noche fue un alto funcionario de una agencia de la ONU. Cobraba 8.000 dólares mensuales, nunca en siete años de servicio había salido de casa si no era con su furgoneta y su chófer y no había paseado jamás por las calles de la capital más allá del barrio rico de Pétienville. La noche que pasé en su casa, tras la cena, recibió la visita de una chica de dieciocho años; unos días después nos citamos para cenar y vino acompañado de otra, igualmente joven.
16. BLAIR HEDGES, S; COHEN, W.; TIMYDON, J.; YANG, Z. (2018). *Haiti's Biodiversity Threatened by Nearly Complete loss of Primary Forest*.

PNAS 13 de noviembre 13 de 2018. University of California.

17. *Stocks for foods* es un programa gubernamental estadounidense que prevé el envío de excedentes agrícolas a modo de cooperación internacional. Los agricultores reciben subvenciones por plantar y producir, sea cual sea la demanda, con lo que los excedentes son la norma y este programa termina por resolver un problema interno camuflándolo de solidaridad.
18. Para conocer más sobre sus prácticas, puede empezarse por el capítulo 3 del cuaderno que Gustavo Duch y Fernando Fernández publicaron en esta colección, *La agroindustria bajo sospecha* (Cuaderno n. 171, octubre de 2011).
19. También entre los haitianos emigrantes tienen mala prensa. En enero, marzo y mayo de 2015, grupos de haitianos residentes en Nueva York se concentraron en la sede de la fundación de los Clinton al grito de «¿Dónde está el dinero?» y «Bill y Hillary, culpables de los crímenes en Haití».
20. Center for Economic and Politic Research. *Haiti by numbers. Haiti Relief and Reconstruction Watch*.
21. MIGNOLO, Walter D. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa Editorial, p. 39.
22. NICHOLLS, David (2001). *Historia del Caribe*. Madrid: Crítica.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

---

1. ¿Qué sentimientos ha despertado en ti la lectura de este cuaderno? ¿Conocías la situación de este país? ¿Por qué razón crees que se trata de una situación tan invisibilizada?
2. El autor habla de las «heridas coloniales y neocoloniales», ¿de qué forma estas heridas han condicionado y condicionan el futuro de Haití?
3. Las políticas exteriores de potencias mundiales como EEUU y Francia son responsables en gran parte, de la situación actual de la población haitiana. Después de leer el cuaderno ¿Qué responsabilidades internas crees que ha habido para llegar a un estado fallido como el actual?
4. El autor es especialmente crítico con el papel de la cooperación al desarrollo internacional. Podrías señalar las razones con que se fundamenta esta crítica. ¿Crees que queda justificado hablar del «imperialismo de la solidaridad»?
5. En la última parte de este cuaderno se formulan algunas propuestas que podrían ayudar al país a «volar un poco más alto». ¿Las ves realistas? ¿Dónde crees que residen las principales dificultades?
6. De los testimonios que se presentan a lo largo de estas páginas, ¿hay alguno que te ha sorprendido y/o conmovido de manera especial?

**Cristianisme i Justícia** (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: [www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos](http://www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos)

Últimos títulos:

213. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Abrazos de vida; 214. J. CARRERA, Vivir con menos para vivir mejor; 215. SEMINARIO TEOLÓGICO DE CJ, Dios en tiempos líquidos; 216. G. CASASNOVAS (ED.), Mercancías ficticias; 217. G. BILBAO, I. SÁEZ, Por una (contra)cultura de la reconciliación; 218. V. CODINA, ¿Ser cristiano en Europa?; 219. J. LAGUNA, Vulnerables; 220. P. FARRÁS, ¿Por qué Haití?

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: [www.cristianismeijusticia.net/es/virtual](http://www.cristianismeijusticia.net/es/virtual)

Últimos títulos:

15. J. F. MÀRIA, R. XIFRÉ, Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación; 16. VARIOS AUTORES, Soñamos la ciudad, la construimos juntos; 17. J. VITORIA, En las víctimas está Dios reconciliando el mundo; 18. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Capital e ideología. Selección de textos; 19. J. CARRERA, Covid-19: Más allá de la pandemia

N. 220  
Noviembre 2020

cijusticia 

cijusticia 

cristianismeijusticia 

Cristianisme i Justícia 

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídaos a:

**Cristianisme i Justícia**

Roger de Llúria, 13

08010 Barcelona

T. 93 317 23 38

[info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)

[www.cristianismoyjusticia.net](http://www.cristianismoyjusticia.net)